



ISIDRO FABELA

POR ALFONSO FABILA,
(profesor y escritor)

Lo conocí con *La Tristeza del Amo*, que no me gustó, a pesar de lo bien escrita, porque desde niño, tuve aversión a los “señores” de mi Estado, a los que debía llegarle, la cabeza baja, con humildad perruna, con el sombrero de palma en la siniestra y medio cogiendo con la diestra la del amo para besarla; luego, quitarle las chaparreras y espuelas y pasear su caballo para que no se resfriara. El, en actitud indiferente, como si todo se lo mereciera, hasta el apoco de los pequeños de su feudo, a los que ni las gracias daba; y esto, porque si uno se comportaba de otra manera, los progenitores explotados lo ponían como nuevo. No me gustó Fabela con su tristeza de amo; para qué negarlo.

Después, cuando pasaron los años, ya en la juventud, al hallarme en la gran metrópoli “destaconado” y payito, haciendo pinitos de reportero y sin haber olvidado las enseñanzas de mis maestros sobre lo imperdonable contra los que nos robaron la mitad de nuestro territorio, conocí *Los Estados Unidos Contra la Libertad*, y entonces, hice de Fabela un ídolo en mi corazón, a quien busqué para tratarlo y pronto estuve ante él con un cuestionario y mi cuaderno de notas.

En ese tiempo, creo que estaba asociado con Alejandro Quijano en un despacho en las calles de Gante y Madero.

Me agradó, por cortés y porque su pensamiento era honrado, franco y valiente.

Más de una ocasión hablamos de México y nuestros vecinos. Su postura nunca se curvó frente a la injusticia y la difamación ejercidas por el poderoso. Era la época del carrancismo, en que la actitud viril del Varón de Cuatro Ciénegas, con esa su manera de

ranchero testarudo, jamás se dobló y con él, Fabela fue uno. Vaya que estos reportajes o entrevistas, en los que puse mucho de fervor patrio, me causaron más de un disgusto, porque mi periódico no siempre estuvo de acuerdo con las entrevistas. Su director, Vito Alesio Robles, zigzagueante en el interior y en el exterior, a quien también llegué a estimar, me dio a este propósito más de una cátedra de política y diplomacia, que no siempre fueron de mi agrado.

Por eso admiré a Fabela y lo seguí queriendo, y porque nunca dejó de dar la cara al defender el derecho y la dignidad de nuestra República, además de que, como siempre, fue conmigo caballeroso, y a pesar de la diferencia de edades y posición social, lo consideré como amigo y así me ha tratado, valiendo, naturalmente, creo yo, el paisanaje, porque es posible que pensara que yo era originario de su pueblo, cosa que tiene algo de verdad en cuanto a mis ascendientes, sin que yo lo haya comprobado, pero que para mí, tiene un alto significado el hecho de que él, sea precisamente de mi patria chica.

Pasaron los años; él fue encumbrándose en la administración pública revolucionaria y en el servicio diplomático; por lo que ya no pude verlo, como siempre me ha ocurrido con los prohombres, hasta que descienden de su pedestal y se vuelven a humanizar, pero nunca lo perdí de vista, porque su actitud política e intelectual fue la misma. Continué queriéndolo y lo admiraba; afecto que fue creciendo durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, por las mismas causas que en mi juventud lo estimé.

Al hallarse en la gobernatura de mi Estado, y una vez que yo realizaba un trabajo en la entidad, estuve a saludarlo, habiéndome recibido con la misma deferencia; una mañana desayuné con él, pero me hizo una promesa que no cumplió, y por esto, algún tiempo estuve resentido, mas como otros paisanos, a los que estimo y quiero, como son Alfredo del Mazo, Mario Colín y Alfredo Becerril Colín, le tienen particular devoción, volví al redil, siguiendo con el viejo afecto, y entre otras cosas, porque gracias a sus leyes, pudo mi Estado hacerse una de las primeras entidades industriales de la República, y por sus obras como "Belice", respecto de la defensa de los derechos de México sobre ese territorio. El hombre continuaba entero.

Otro día, cuando el vacilante Arbenz quiso realizar la reforma agraria de su país, pensando yo que los mexicanos, como vie-

jos en los achaques de la tenencia y uso de la tierra, debíamos ayudarlo, fui a ver a Fabela para rogarle que escribiera algo a favor de la reforma guatemalteca, y don Isidro, respondió con creces.

Mas no sólo por esto, sino por sus artículos sobre los Rossenwerg, que me dejaron boquiabierto, ya que el hombre, desde la cumbre de su talento y dignidad, bajó para ponerse de rodillas en actitud franciscana, con el objeto de pedir estas vidas a quien no debía; precisamente a uno de esos amos que yo he detestado.

Han seguido los años y los días y yo no he dejado de observar la trayectoria rectilínea de Isidro Fabela, y por eso, más admirado y querido; hecho que contrasta con otros viejos ídolos de a centavo nacionales, que fueron y no quisieron seguir siendo sólo por despecho, para ponerse bien con Dios y con los tontos. Fabela marcha cabal, a pesar de sus años: alta la frente, actitud cortés, corazón juvenil y pensamiento de campeón, igual que héroe de leyenda.

Que siga como ha sido, porque así lo reclama el ejemplo que hay que dar a nuestra juventud desorientada, tan desorientada que sólo piensa en la "lana", en la "chamba" y en frivolerías, y porque vivimos en una época de prueba en que los hombres se decoloran y se venden al "señor" por la bazofia que los nutre, convirtiéndolos en porquería. El hombre debe ser así, de una pieza, por la verdad, por la justicia y la belleza, aun cuando a ratos tenga uno que tragarse en silencio su amargura.